

La negación. Sus potencias y poderes

(en lógica formal, lógica de la razón vital y lógica dialéctica)

«Nunca, nada, nadie. Tres palabras terribles, sobre todo la última. El hombre, sin embargo, se enfrenta con ellas y acaba perdiéndoles el miedo».

(ANTONIO MACIADO).

I. NEGACIÓN

La lógica clásica –la de los, por antonomasia, clásicos griegos– distínguese de la lógica dialéctica –no clásica todavía, aunque pudiera llegar a ser lógica de una «clase»-, en que o la negación nunca entró en firme ni en las cosas ni en las proposiciones, o, si entró, el lógico clásico supo sacarse, bien presto y limpiamente, tal espina de sus carnes, de su mente.

Se trata de una característica, de una entre varias; sólo que aquí no se hablará sino de ésta.

Ya el simple enunciado, con ínfulas de principio: *dos negaciones afirman* debiera hacernos sospechar que la negación nunca caló gran cosa en la afirmación. El principio de contradicción se encarga de mantener separadas ya la primera afirmación y la primera negación. *Es imposible que a lo mismo convenga y no convenga lo mismo según lo mismo.*

No domarás en esto al no ente: a que sea; o con otra versión, basada en otra lectura de manuscritos:

No llegarás a ver que el no ente sea. Así Parménides.

Ser o no ser; ἔστιν ἢ οὐχ ἔστιν. (Parménides), no es tan sólo una disyunción; es la separación, necesariamente realizada, total e íntegra, entre ser y no ser, tan perfecta que de una parte ha quedado todo y sólo el ser, y lo que de ser tengan las cosas; de la otra, nada.

El ser (ὄν) se sacó de sí, eliminó y purificó tan de cuajo la nada que se le ha quedado fuera, hasta en palabra aparte.

οὐχ ἔστιν, μὴ εἶναι, μὴ ὄν

No se le fundieron al griego, en una sola palabra, cual la nuestra de *nada*. El *no* (οὐχ, μὴ) quedó fuera, reducido a simple, externa e inoperante negación. Y la lógica, guiada por tal ontología, dirá inocentemente, con aires de verdad y con el consentimiento –no pedido, por evidente–, de los que hablan según razón (λόγος).

el hombre es mortal, el hombre no es mortal

cual modelos de proposiciones, afirmativa una, negativa la otra, pese al contenido de la primera: de desagradables recuerdos o previsiones; y a la forma del *no* de la segunda, de un *no* suelto e inafectante a *es*, y de un predicado que deseáramos, eso sí, ver corroído hasta el tuétano por la negación, de modo que *no-mortal* diera algo más positivo, firme y diamantino que eso de *in-mortal*, negación incorroedora de mortal, por más que la gramática, y los deseos, le presten superficiales positividad y contenido: el de una cierta esperanza. Si no hubiera sido por su aún espontánea gramática, el lógico griego hubiera dicho, atendiendo a lo que pensaba:

«el hombre es mortal»: no «el hombre es mortal»;

no «no “el hombre es mortal”». Y este *no* al *no* le devolvía al mismo punto de partida.

Parta de donde partiere, siempre volveré a lo mismo. Lo dijo Parménides, tras viaje de ida y vuelta por el *ser*, el *no ser* y el *no «no .ser»*: por la afirmación, por la negación y por la negación de la negación.

La lógica simbólica o matemática moderna es, en esto, tan vieja y griega como la griega clásica; y en este punto inicial, principal y decisivo no hace sino repetir lo griego; y, para que no quepa duda, el signo de la negación (–) se quedará fuera de la proposición (p) afirmativa: así resultará a ojos vistas que *dos negaciones afirman*.

Proposición afirmativa, p; primera negación, \bar{p} ; segunda negación $\bar{\bar{p}} = p$.

Y el principio de contradicción se formulará con signos de negación, externos unos a otros y a la afirmación:

$p \cdot \bar{p}$

La *negación es*, y se la simboliza, *externa*. Lógica clásica, vieja o moderna, medieval o contemporánea.

El griego conoció, claro está, un tipo de negación adherente especificada por el *ser*, y apropiada al tipo de ente: la privación. Mas no llegó a crear una lógica de la privación.

Vivo; muerto: primera negación corrosiva, justamente de la vida; mas de muerto a vivo no se vuelve por negación de muerto por un simple *nomuerto*: el muerto, caso de volver a ser vivo, vuelve por milagro. Resucitar no es volver a vivir la vida inicial; es inaugurar otra, si es que el muerto real y verdaderamente se murió.

Mortal, inmortal. *Inmortal* no es, en rigor, simplemente no mortal; exige una reorganización peculiar del viviente que murió para que no vuelva a su tipo de vida anterior, moridera, tan expuesta a no vida o a muerte que de ordinario, y por ley, se muere. *Immortal* pide resurgir a nueva vida –lo que podrá exigir, aceptémoslo por vía de ejemplificación–, que su cuerpo, el suyo, adquiere las dotes de cuerpo glorioso: claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.

La negación de la negación vuelve a la mismísima afirmación inicial; la privación de la privación no puede retrotraernos a la misma afirmación o posición inicial, porque ya la primera privación afectó intrínsecamente, de original manera, a la afirmación.

Dos negaciones afirman lo mismo

Dos privaciones –la privación de la privación– reforman o transustancian lo inicial.

La negación de la negación (clásica) retorna al dominio (línea) afirmativo, y al mismo punto del eje afirmativo; todo camina en círculo.

La privación de la privación devuelve el proceso al eje afirmativo, sin duda; mas no al mismo punto, a otro: de superación, unas veces; de decadencia o aniquilación, otras.

La lógica de afirmación, privación de afirmación, privación de privación de afirmación está, con palmaria claridad, más cerca de ser lógica de lo real que la de afirmación, negación (de la afirmación), negación de negación (de la afirmación).

No caigamos en la idolatría del símbolo ni le atribuyamos virtudes ocultas o mágicas; mas no menospreciemos sus poderes de resalte clarificador. Si por P convenimos en designar cualquiera proposición, la lógica clásica escribirá

l. 1) p; \bar{p} ; $\bar{\bar{p}}$

con signo de negación externa, superpuesta; y con «;» entre las p, por el motivo que se va a decir.

La lógica de negación afectante (privación), profunda y revulsiva, podrá servirse de paréntesis para designar –superficialmente, sin duda– ese calado de la negación, o la encerrona de afirmación con su negación:

I. 2) p, [\bar{p}], { [$\bar{\bar{p}}$] }

Ni [\bar{p}] es p, como no-vidente no es lo mismo que ciego; ni { [$\bar{\bar{p}}$] } es p; que de la ceguera no se repone uno sino por milagro, o de Dios o de la técnica, no por virtud de la naturaleza con que se nace; nadie se cura de ciego, de sordo, de cojo... ni de tonto. La «;» indica la peculiar conexión que se da en este caso en lo simbolizado, punto a declarar inmediatamente.

Dos negaciones afirman lo inicial mismo:

I. 3) $\bar{\bar{p}} = p$ (= signo de identidad).

Dos privaciones transustancian lo inicial, lo renuevan:

I. 4) { [$\bar{\bar{p}}$] } . = . P

Como la negación y la negación de la negación clásicas no calan ni ponen a prueba de ser o no ser al ente, se podrán aplicar a todo, pues todo saldrá incólume de ellas. Y aun podríamos decir que, para el clásico –maestro viejo o discípulo actual: sean Russell, Carnap, Wittgenstein o Gödel–, *ente y proposición* son justa y precisamente ese tipo de cosas impermeables a negación, tan compactas y macizas que negación y negación de negación resbalan por ellas. Y tal lógica resbala y patina ella misma por las cosas.

Tales entes cristalinos abundan más en la cabeza que en la realidad.

Y volviendo, por unos momentos, a Machado. la simple y pura negación nunca da *palabras terribles*.

La privación es siempre terrible, ceguera, sordera, abulia, afasia, enfermedad, estupidez, muerte... La privación de la privación suena a resurrección, renovación, transfiguración, transustanciación...; o a decadencia, muerte definitiva, aniquilación.

Si el lector me perdona la frase –y, si no la perdonare, táchela después de leída–, diría que la privación *pone a partir* al ser, pone al ser en trance de no ser. Y se verá entonces, por una fenomenología que llegará a ser epifanía o teofanía, si el ser no solamente es ser, sino se *pone a ser* lo que antes simplemente era: ($\tau\acute{o} \tau\grave{\iota} \eta\nu \epsilon\grave{\iota}\nu\alpha\iota$), y es capaz de reponerse de una amenaza algo más que verbal, de no ser, de su no ser.

El lógico clásico –viejo o contemporáneo– no llegó a tomarle miedo a la negación; mas tampoco celebró sábado de gloria con la negación de la negación.

El sol es cada día nuevo –se lo parecía así a Heráclito– y la aurora no se le antojaba simple negación de la noche; negación, a su turno, de día.

Para el lógico de la razón vital, el sol es cada día nuevo.

No nos extrañemos, pues, de que los hombres para quienes las palabras *Nunca, Nada, Nadie* suenen, y les suenen, a terribles –y difícilmente se repongan del susto que les da el solo oír las o decir las–, no muestren particular afecto por la lógica matemática, simbólica, formal, clásica.

II. NO. RENÓ. RECONTRANÓ

El castellano popular ha inventado matices positivos para negaciones afectantes y corrosivas; negar, ser un negado para; renegar, ser un renegado de...; negarse a. negar por negar... O la escala, muy aragonesa, de *no, renó, recontranó*.

Si a eso de *lógica de la razón vital* vamos algún día a quitarle la deliciosa y sugerente vaguedad en que la dejó Ortega, y continúa en manos y obras de sus devotos –que no lo soy– y de sus admiradores –que sí lo soy–, menester será, entre otras cosas, separarla de la mala compañía de la lógica formal –la de la negación abstracta y negación de negación repetidora–, y encararla con el problema de esas *palabras terribles: nunca, nada, nadie*, y acabar perdiéndoles el miedo.

Frente a la lógica formal –formalista o formulista–, lógica informante reformadora y transformadora. Vaguedad, a su vez, sugerente, tal es mi ilusión, mas, casi de seguro, no deliciosa. Pero no es piadoso repetir o criticar a Ortega; lo piadoso consiste en transformar la deliciosa y sugerente vaguedad de algunas frases suyas en evidentes y definidas razones.

Digamos pues: En la lógica vital, o de la razón vital, las negaciones tienen que ser intrínsecas, propias, impregnadoras de la afirmación, que sólo es una inicial posición; es decir, la negación vital, a la altura de la vida, es *privación*.

A su vez: toda privación (vital) no puede quedarse en simplemente aguantada, en un *paciencia y barajar*; ha de actuar de revulsivo; tiene que ser renegada; el no, erguirse a renó.

Por fin: no siempre –ni en todos los casos ni en todas las cosas– la renegación de la privación se transustanciará a afir-

mación re-novada, a autorresurrección. Hay cariños que matan, y privaciones se dan que acaban con la vida. con algunos tipos de vida. Y la privación de la privación es entonces nada, nunca; y el viviente –corporal o espiritual– es *nadie*.

Hay que exponerse a morir de verdad, y no guardar un núcleo esencial que, ya aquí, ahora, por razones públicas de que no se entera de nuestra realidad, es ya *inmortal* como quien tiene siempre de reserva un diamante, mayor que el mayor de la corona inglesa, para poder pagar la deuda de la mortalidad (superficial) actual en cualquier momento en que nos muremos –primera privación–, en que nos fuercen a pagar.

No consiste la gracia de una lógica vital en ese automatismo de la lógica clásica: dada p , se da \bar{p} ; y dada \bar{p} , es factible y tiene que ser hecho $\bar{\bar{p}}$; y sin remedio –¿para qué enfermedad que no se pasó?– volvemos a p . ¿Por qué, dada p , tener que negarla, \bar{p} ? Y ¿por qué, dada \bar{p} , tener que negarla otra vez, $\bar{\bar{p}}$, so pena de que ni podamos escribir $\bar{\bar{p}} \equiv p$?

Cuando la negación no llega a privación, le falta al proceso $p;p$ fuerza, intrínseca, revulsiva. El proceso no es transeúnte. Se acepta, sin más, que lo es. No es transeúnte, porque la afirmación no llega a estar transida de su negación (privación); y ésta, a su vez, no está transida de su negación (privación).

En una lógica clásica $p; \bar{p}; \bar{\bar{p}}$ son posiciones inconexas (los «;» denotan este aspecto). En una lógica vital, dicha y entendida por una razón vital, la proposición inicial implica (signo «.») su propia negación.

II. 1) $p. [\bar{p}]$; y necesariamente $[\bar{p}]$ implica $\{\{\bar{\bar{p}}\}\}$, su propia resurrección o su propia aniquilación; nunca, la simple y ñoña repetición de lo inicial.

II. 2) $[p] . \{\{\bar{\bar{p}}\}\}$

O sea: puesto que $\{\{\bar{\bar{p}}\}\}$ es nueva proposición (realidad), innovación de p , innovación en ser (resurrección) o innovación en no ser (aniquilación), escribamos

II. 3) $\{\{\bar{\bar{p}}\}\} . \equiv P$.

y P no es lo mismo que p , aunque sea su resurrección o su aniquilación

La lógica vital formula –de esta manera y referida a este punto nada más– aquel *jaillissement de nouveauté*, frase de Bergson, sugerente y deliciosa como las de Ortega, vaga también como tantas de él.

No nos disimulemos tres puntos: primero, no vale aquí, por simplista, el principio clásico de identidad: lo mismo, del

mismo, y de la misma manera. Identidad de neutral potencia, parecida a lo de $1 : 1 = 1.1 = 1.1.1 = 1.1.1.1$ etc.

En los dominios de la vida, aun en los del ser, como sostendrá Hegel, la identidad admite potencias: idéntico, mismo mismísimo.

Eso de $p \quad p$, vale, cuando más, para los simples seres; o seres simplificados, por abstracción o definición.

Empero II. 4) $p. \quad . P$ fuera la fórmula sublevante para un clásico, de la identidad potenciada y potenciada, propia de una lógica en que, por decirlo con términos matemáticos, no valiera $1.1 = 1$; sino que (1.1) diera un tipo superior de unidad. Russell lo barruntó, en su teoría de los tipos, al intentar fundamentar las matemáticas en la lógica. Y su axioma de reductibilidad viene a decirnos –en nuestro lenguaje, y en el de Machado– que acabó perdiendo el miedo a *nunca, nada, nadie* por el método de reducirlos o aplanarlos a simples sí, no, no no; y por el de atribuir, sin más precauciones o remilgos, la propiedad de idempotencia a la identidad. Eso de mismo y de mismísimo no tiene sentido alguno en lógica clásica, vieja o contemporánea.

Segundo, el principio formal de contradicción;

$\bar{p} . \bar{\bar{p}}$ presupone, inconfesadamente, que la negación y la negación de la negación no calan ni corren ni ponen a prueba de ser o de no ser al ser (o a la proposición). No insistamos con sutil crueldad en que para entender lo que tal principio dice es preciso entender una contradicción; lo cual es, sencillamente, contradecirse. Se pueden pintar, externos, los signos; no se pueden entender sino a la una, de vez, en una vez real. Hay que entender de vez afirmación y negación para saber qué es lo que dice tal principio. Lo cual es refutarlo.

No practiquemos aquella ternura para con las cosas, de que hablaba Hegel aspirando sus contradicciones, cual si fuésemos nosotros inmunes a ellas, y, aspiradas, pudiéramos expelerlas fuera de todo mundo: real a ideal.

Para la lógica vital, la expresable por la razón vital, el principio de contradicción es eso: la contradicción elevada al rango de principio de todo ente, de poner a prueba realmente su ser. La fórmula fuera II. 5) $\{p . [\bar{p}]\}$; todo bien cerrado, cual bomba o cartucho de explosivos, con mecha interna encendida, a ver si el ser es realmente ser o no ser; si es capaz (posible) de *ponerse a ser*; o incapaz de ello, y es *depuesto de ser*. El punto «.» indica no un simple «y», sino «a la vez, de una vez».

Tercero, para una lógica formal y formularia los tres llamados principios –o esa tres secuelas de otros, llamados axiomas– son, en el fondo, uno y el mismo; repeticiones de lo mismo bajo tres grupos de símbolos que no llegan a ser su piel.

$p \equiv \bar{p}$; $p \vee \bar{p}$; $p \vee \bar{p}$ son equivalentes; por tanto, sin orden alguno ni preeminencia. En la lógica formal moderna, la preeminencia otorgada a veces –por *Aristóteles* ya, en *Metafísicos* T. 1005b– al principio de contradicción desaparece; y tienen suficiente y perfecta razón, en esto, los lógicos formulistas.

En una lógica vital la disyunción se plantea al implantarse la contradicción. Cuando en un orden no hay contradicción –por la simplicidad o simplificación de los entes–, tanto $\overline{p \cdot \bar{p}}$ como $p \vee \bar{p}$ son pura fórmula; la única que guarda algún sentido es $p \equiv p$, la identidad inmediata, sencilla, impermeable, por neutralidad, a negación. En este punto son perfectamente consecuentes los lógicos intuicionistas modernos: los de la lógica sin negación.

Vale, pues, simbólicamente para una lógica vital:

II. 60) $\{ \{ p \cdot \bar{p} \} \cdot p \vee \bar{p} \}$. Los dos «principios» se instalan a la una, de vez, de una vez («.»). Y el resultado vendrá tan sin remedio como la explosión de una bomba bien montada por dentro y puesta a ser bomba, a saber:

II. 61 [P]; el ente (proposición), puesto de veras a ser o a no ser, es *ya real y verdaderamente P*. O, si no, II. 62 []: *Nunca, nada, Nadie*, cual terribles resultados de palabras terribles, ya como palabras. *Poner el ser a ser, poner el ser a no ser*: algo bien diverso, por empresa, del anodino, ñoño simple, inmediato, abstracto, formal: ser o no ser; el ser es, el no ser no es.

III. LÓGICA DIALÉCTICA

Hegel levantó todo esto –sea dicho retrospectivamente– al nivel del ser. Para hacer el debido homenaje a su filosofar, preciso sería poner en marcha otro procedimiento, más potente y sutil que el aquí empleado. Tal procedimiento se llama *dialéctica*. Y ha merecido, y continúa mereciendo, tratados enteros.

El autor de este artículo se declara aquí deudor de Hegel, y promete pagarle apenas pueda, es decir: apenas sepa.